XII CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES PARAULES D'ADRIANA

RELAT FINALISTA DE LA CATEGORIA GENERAL

AUTORA: MARIA TERESA DELGADO MIRANZO

TITOL: VISLUMBRE Y CAOS

I

Christine, periodista responsable de los mensajes de *twitter* en el noticiario nocturno de la televisión pública, había sido cuestionada por un importante número de *twitteros* en el principal periódico del país, quienes en su carta abierta al director denunciaban haber sido ignorados sistemáticamente. La noche del día de su publicación, Christine se dirigió a la redacción cabizbaja y ojerosa. Su ánimo no mejoró ante el silencio comprensivo de unos cuantos compañeros, ni empeoró ante la indiferencia altanera de otros pocos, pero sí se congeló, fijándose como una piedra en sus riñones, ante el disimulo del jefe de redacción.

Mientras en maquillaje se afanaban en mejorar su aspecto, repasó mentalmente la dinámica de su trabajo tanteando los límites en los que se movía. Se recriminó por no haber apreciado antes que las veladas sugerencias de su superior eran, en realidad, censuras sutiles que ella incorporaba inocentemente con el fin de ofrecer una información adecuada a la noticia estrella.

Acabada la sesión de maquillaje decidió ir al baño antes de reincorporarse a su puesto. A pesar de sentir su vejiga llena, la micción le resultó imposible; tan solo unas cuantas gotitas, acompañadas de un suave escozor, que la preocuparon. Algo no anda bien en mis riñones –pensó.

Después de su aparición en pantalla, en la que proponía el tema de la noche, leyó y seleccionó un buen número de mensajes que clasificaba por opiniones convergentes y divergentes del tema en cuestión. Pero esa noche no obvió, como tantas veces había

hecho, a una mayoría aplastante de *twitteros* que, considerando la propuesta interesada, opinaban sobre lo que en realidad preocupaba a la ciudadanía. Preparó su guión, como siempre con las astutas manipulaciones de su jefe, y ofreció al control la lista de mensajes que habían de pinchar durante su intervención. La tres era su cámara y a ella dirigió su mejor sonrisa.

–Al pie de sus pantallas pueden leer los mensajes seleccionados de acuerdo al tema propuesto; no voy a comentarlos porque me siento en la obligación de informarles de la opinión mayoritaria de los *twitteros* de hoy, que coinciden en… –siguió hablando mientras su vejiga vaciaba su contenido y sentía como sus riñones se liberaban. Más tarde ya veré cómo pagar la hipoteca –pensó.

II

Jacqueline conducía atropelladamente cuando el viento azotó un par de mechones rubios contra su mejilla espabilándola de golpe. Siguió conduciendo, ahora consciente y alerta, aunque ello no impidiera la disociación de su mente, que atendía las señales de tráfico y el manejo del vehículo al tiempo que se adentraba en un ámbito desconocido; en él el tiempo parecía desvanecerse hasta dejar de existir y ella podía viajar por la que había sido su vida hasta ese momento. Eso le permitió percibir el detonante de su sinrazón desde un sinfín de perspectivas posibles; y aún más, en ese espacio de tiempo sin tiempo las descripciones apreciativas se resistían y mostraban los hechos con total desnudez, así como la desnudez de ella misma y la de todos los seres.

De pronto la disociación se disgregó en un tercer elemento: una supra conciencia que lo comprendía todo, sin valoraciones de bien o mal. Y entonces pudo rendirse y supo lo que tenía que hacer.

Su mente expandida se replegó; y retornó, tomando el protagonismo, la conciencia ordinaria. Pisó el freno y apagó el motor, había llegado al destino prefijado aunque careciera ya de sentido. Miró su reloj, tan solo media hora antes había subido al vehículo

con una idea fija: llegaría hasta el acantilado y despeñaría el coche, con su bebé y ella misma en su interior.

Los acontecimientos se habían precipitado sin darle tiempo a razonar y las preguntas se agolpaban ahora en su mente instándola a responder. Las evitó dejándose vencer por un tenue resplandor que se abría paso en su mente como una vislumbre de compresiones adquiridas no sabía bien de qué modo y a las que se expuso y pudo saber con certeza que todos los actos, inocentes o culpables, conllevan un efecto al que hay que rendirse. Y con esa asunción pudo entregarse a su dolor de madre.

En la prensa del día siguiente se recogía esta noticia:

<<Un niño muere a manos de su madre; quien, en un intento de reanimarle de un presumible paro respiratorio, le infringió heridas que precipitaron su muerte. La mujer, enfermera de profesión, ha sido detenida preventivamente en espera del dictamen forense>>.

III

Christine acababa de darse una ducha cuando el teléfono reclamó su atención; después de atender la llamada se dirigió a la cocina e inspeccionó el vacío de su nevera, se estaba quedando sin provisiones; ella, tan dada a la abundancia, hasta el extremo de tener que tirar alimentos por haber caducado, ahora se limitaba a lo imprescindible.

Sin ser vegetariana imitaba los hábitos naturistas con el fin de economizar y había descubierto que se alimentaba mejor que nunca. Unas lentejas con arroz y una ensalada de tomate y cebolla la saciaban hasta la hora de la merienda en la que tomaba una manzana. Otras veces eran unos simples garbanzos y una ensalada verde con un puñado de frutos secos. Por las noches optaba por una sopa y unas croquetas que ella misma preparaba con las verduras del caldo.

Esa noche se decidió por una tortilla a la francesa acompañada de una gran rebanada de pan untada con tomate y aceite de oliva. Disfrutaba cada bocado paladeándolo lentamente mientras en los fogones hervían unas habichuelas para la comida, y un caldo para la cena, del día siguiente. El vapor de las ollas caldeaba la cocina por lo que podía ahorrarse la calefacción.

No pudo evitar emocionarse ante la sencillez de su nueva vida. Sencilla y grata al mismo tiempo, y barata –pensó. Debía destinar la mayor parte de sus mermados recursos al pago de la hipoteca y sabía que no podía permitirse ningún lujo, pero se regocijó al pensar en la tableta de chocolate que había comprado esa tarde en el colmado de la esquina. Una onza de chocolate y un vaso de leche le parecieron un postre delicioso.

Estaba pelando una patata para añadirla a la olla de las habichuelas cuando sonó el teléfono; no conocía al interlocutor y le escuchó extrañada; al término de la conversación colgó agradecida.

Recogió la mesa y fregó los platos mientras valoraba la oferta que acababa de recibir.

Sí –se dijo contenta– la voy a aceptar.

Pero se desanimó al pensar en el corto alcance de difusión del periódico local para el que escribiría.

Mejor eso que nada –concluyó cuando se metió en la cama.

IV

Jacqueline intentaba superar su confusión en un cubículo de las dependencias en las que había sido recluida. Está detenida temporalmente, no arrestada –le había dicho su abogado. Pero eso no le importaba; tan solo necesitaba un poco de intimidad para sentir su dolor, sabía que era necesario para su salud mental y que allí solo conseguiría

acumular más estrés. Anhelaba con ansia un destino definitivo para poder entregarse al orden de la rutina, deseaba que la juzgaran y encarcelaran cuanto antes; ni siquiera tenía en cuenta la posibilidad de quedar libre.

Si esta situación de provisionalidad se mantiene por mucho tiempo acabaré desorientada del todo –se repetía. Y en un intento de evadirse se dedicaba a hacer flexiones; había comprobado que durante el ejercicio físico podía conversar consigo misma sin la restricción de las palabras, con un lenguaje secreto e íntimo que no tenía límites. En ello estaba cuando un guardia se acercó a su celda y abrió la puerta. Su abogado ha venido a verla –dijo.

Le traía ropas limpias y útiles de aseo. Después de dedicar un tiempo a cuestiones prácticas, el letrado le pidió que relatara los hechos de la manera más minuciosa posible para poder preparar su defensa. Quizá no sea necesario pero tenemos que estar preparados –le comentó.

Despacito fue hilvanando la ruptura amorosa, el traslado a una ciudad en la que no conocía a nadie, la decisión de tener a su bebé y criarlo sola, la adaptación, la serenidad tras el logro, y de repente… la muerte. En ese punto su discurso se volvió ininteligible y Gustav, el joven abogado, le pidió que lo intentara de nuevo.

A Jacqueline no le resultaba fácil traducir su jerga interna al raciocinio de las palabras, ¿cómo explicar que ya había recorrido todo el proceso, que ella misma ya se había juzgado y aceptado y cumplido la sentencia? Si había accedido a una nueva conciencia de sí misma y si desde ese observatorio privilegiado había comprendido cuanto necesitaba ¿para qué luchar?

–Encontré muerto a mi hijo en la cuna y desesperada intenté recuperarlo; claro que debí haber llamado o acudido con él al hospital, pero no fue eso lo que hice –concluyó.

Y Gustav salió de la celda desconcertado.

Las portadas de los periódicos informaban en sus titulares sobre la vida política del país, cada cual según la ideología que lo caracterizaba; pero en la noticia recogida en los faldones coincidían condenando a una mujer, enfermera de profesión, que continuaba detenida.

En los medios audiovisuales la noticia tomaba dimensiones esperpénticas: conjeturaban e interpretaban los hechos como si de hábiles expertos se tratara y, los más propensos a exacerbar la morbosidad de la opinión pública, dramatizaban la noticia incorporando informaciones poco contrastadas de la vida de la mujer.

También los medios radiofónicos se hacían eco de la noticia con más o menos acierto y, en aquellos en los que se convocaba la participación de los oyentes, se podía apreciar cómo en tan solo tres días la opinión pública había sido modelada hasta la uniformidad.

Una vez más alguien era condenado antes de ser juzgado y no eran importantes las matizaciones ni las llamadas a la reflexión, lo más importante era mantener el interés a costa de lo que fuera. A la noticia añadían declaraciones de vecinos que poco conocían a la mujer pero que anhelaban su momento de protagonismo; y si otros vecinos, más prudentes, no querían hacer comentarios, los periodistas ávidos de titulares utilizaban su silencio tildándolo de connivencia, e incluso de culpabilidad por no haber advertido antes una conducta poco responsable en la mujer.

Christine conocía bien a la clase periodista, a la que ella pertenecía y a la que subdividía en función de un criterio personalísimo: articulistas o gacetilleros que se hacían llamar periodistas sin serlo; periodistas con diploma que se vendían a la perisología y el escándalo; políticos caducos y rancios que no sabían renunciar al populismo de antaño y se prodigaban en columnas patéticas; periodistas pedantes que presumían de codearse

con la clase gobernante, a la que ensalzaban y defendían con furor en lugar de ofrecer las noticias desnudas y objetivas...

Y Christine escribía en un periódico local un artículo invitando a la opinión pública a no especular acerca de las circunstancias de la triste noticia, e instaba a los lectores a no dejarse convencer y a reclamar veracidad y rigor.

VI

Gustav decidió tomar un café en lugar de comer, no tenía apetito. El desánimo se había instalado en él al recibir esa misma mañana el dictamen forense; y aunque no se dejó vencer y solicitó un nuevo examen, sintió que la esperanza lo abandonaba.

No podía entender la poca disposición de Jacqueline a defenderse; ella, el informe de una forense conocida por su falta de rigor, y la caterva de periodistas que seguían condicionando a la opinión pública no iban a facilitar su trabajo, aunque él creyera en su inocencia.

No puedo abandonarla a su suerte considerándola como un expediente más en mi intervención de oficio –se había dicho a sí mismo nada más conocerla. Y ahora se preguntaba si se trataba de una empatía real o de otra cosa, porque cuanto más la conocía más inteligente y hermosa le parecía. Ahuyentó los pensamientos y apuró el café ya frío. Christine se retrasa –se dijo molesto. No había visto a su hermana desde que se despidió de la cadena de televisión y desde entonces ni tan siquiera la había llamado por teléfono, por lo que decidió invitarla con la escusa de verse; pero eran otras sus intenciones, desde que leyó su artículo en la prensa pensó que podía contar con ella como aliada en el caso de Jacqueline.

Por fin llegó Christine. Gustav la felicitó por el artículo y sin más preámbulos pasó a explicarle cómo estaban las cosas. Casi con desesperación le habló de la inocencia de Jacqueline; de cómo ella no esperaba ninguna absolución porque asumía otra culpa, la de

no haber sometido a su hijo a las pruebas médicas que hubieran podido evitar su muerte súbita; de cómo él creía que Jacqueline se había rendido y de cómo ella le hizo ver que estaba en paz consigo misma y con el mundo, y que ahora se contentaba con lo que la vida le ofreciera, sin lucha y sin sufrimiento.

Christine sentía rebeldía ante la condena unánime de los medios y de la opinión pública en general, por otro lado sentía cierta desconfianza ante la fe ciega de su hermano; de modo que comenzó a dudar de todo.

Dudar, de eso se trata –se dijo.

VII

Pierre abandonó la sala de autopsias y se dirigió a su despacho con la intención de redactar el resultado de la exploración que acababa de realizar. Pasó un buen rato con los dedos inmóviles sobre el teclado y la mirada perdida en la pantalla de su portátil mientras se debatía en un conflicto que le impedía decidirse. Y decidió no redactar el informe pensando que la almohada le ofrecería las respuestas que no encontraba en ese momento.

Metió el portátil en su cartera de mano y salió del despacho. No quiso tomar el metro, sentía la necesidad de rehuir cualquier contacto humano. Caminó por las calles casi desiertas cambiando de acera cada vez que tenía que cruzarse con alguien, se creía trasparente y expuesto a juicios ajenos; la paranoia fue aumentando hasta obligarle a correr con desespero hasta su domicilio. Cuando llegó, el piso helado congeló su sudor y su discurso interno; con precipitación encendió la caldera y tomó una ducha. No voy a pensar más en ello esta noche –se propuso.

Sonó el teléfono. Durante la conversación Brigitte se mostró cariñosa e incluso provocativa insinuándole la posibilidad de dormir juntos esa noche; cuando él se excusó alegando cansancio, ella cambió de tema interesándose como de pasada por su trabajo

del día y a Pierre se le encendieron todas las alertas. Rutinario –contestó. La respuesta pareció haber dejado satisfecha a Brigitte que no tardó en colgar, pero Pierre la conocía muy bien y la imaginó interesándose… No voy a pensar más en ello esta noche –se propuso nuevamente.

Pero no pudo cenar, ni dormir. Cerca de la medianoche se levantó de la cama y deambuló por la casa mientras su mente barajaba todas las posibilidades: no podía desautorizar a Brigitte, eran colegas y entre ellos se debían favores; además eran amantes, aunque él bien sabía que no en exclusiva; si su dictamen coincidía con el de Brigitte no había lugar a un nuevo examen, pero si era contrario se solicitaría un tercero… y si ese tercero le tocaba realizarlo a otro de sus amantes entonces él podía verse en un brete.

Sacó su portátil, redactó su informe de acuerdo al de Brigitte, y se acostó.

VIII

Christine había buscado la manera de contactar con los *twitteros* que noche tras noche se habían lamentado de la exclusividad de la información y que, en un intento de alertar a la opinión pública, la habían cuestionado a ella.

Y ella les estaba muy agradecida; en primer lugar porque sabía que cuestionar a un ente público no habría dado resultado y su carta no se habría publicado; y en segundo lugar porque con su carta la habían despertado haciéndole tomar las riendas de su vida. Y acudiría a ellos pidiéndoles un favor: quería que ayudaran a Jacqueline.

Después del encuentro con su hermano se había debatido en un mar de dudas; la obstinación de los medios de comunicación la inclinaba a defenderla; la confianza ciega de Gustav la inclinaba a cuestionarla; entre una y otra estaba el fiel de la balanza.

La verdad –se dijo– pero ¿quién determinará la verdad?

Gustav le había hablado de la prueba forense, de que no se fiaba de la persona que la había realizado, y de que había solicitado un nuevo examen; también le había dicho que la forense era Brigitte Solange. Christine decidió buscar en la hemeroteca los casos en los que Solange había intervenido y descubrió que en varias ocasiones había sido amonestada.

¿Entonces –se preguntó Christine– la verdad había de ser revelada por una prueba cuestionable?

–Mi hermano confía en que el segundo examen sea favorable pero ¿y si no lo es?

Decidió que eso no era importante por el momento; lo importante era que a Jacqueline no se le había otorgado la presunción de inocencia y que un plato de la balanza estaba sobrecargado; así que pensó en añadir peso al contrario contactando con los *twitteros*, pidiéndoles que ellos a su vez pasaran la información a cuantos conocieran. No tuvo que pedir más, ellos solos decidieron inundar con sus mensajes el espacio de opinión pública del noticiario nocturno.

Christine se durmió en el sofá de su casa después de ver el programa y de atender la llamada agradecida de Gustav.

IX

De madrugada Pierre se levantó desasosegado, su conciencia no le permitía dormir y, en un intento de distraerse, encendió el televisor. Estaban emitiendo la redifusión del noticiario nocturno y eso atemperó su ánimo.

Recordó la rebelión de una periodista que había acabado en, según él consideraba, un periodiquillo de tres al cuarto; el recuerdo aminoró su cargo de conciencia y se dispuso a descubrir cómo actuaba quien la había reemplazado.

Como siempre el noticiario nocturno estuvo al servicio de la clase política; como siempre la mayoría de los tertulianos resultaron actuantes al servicio de la clase gobernante; y como siempre el tema propuesto a los *twitteros* giró alrededor de las decisiones de los políticos.

El programa, previsible y aburrido, fue perdiendo la atención de Pierre… hasta que de repente le aceleró el pulso.

Y perturbado retomó su portátil y escribió un nuevo informe.

Pseudònim: ISOLDA